

---

---

**AULA DE LITERATURA  
JOSÉ ANTONIO  
GABRIEL Y GALÁN**

---

**YOLANDA REGIDOR**

---

*Organiza:*

**ASOCIACIÓN DE ESCRITORES Y ESCRITORAS DE EXTREMADURA**

*Financia:*

**JUNTA DE EXTREMADURA**

CONSEJERÍA DE CULTURA, TURISMO, JÓVENES Y DEPORTE

*Colaboran:*

**EXCMO. AYUNTAMIENTO DE PLASENCIA**

CONCEJALÍA DE CULTURA

**EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE CÁCERES**

INSTITUCIÓN CULTURAL "EL BROICENSE"

**CENTROS DE ENSEÑANZA SECUNDARIA DE PLASENCIA**

IES GABRIEL Y GALÁN

IES PARQUE DE MONFRAGÜE

IES PÉREZ COMENDADOR

IES SIERRA DE SANTA BÁRBARA

IES VALLE DEL JERTE

IES VIRGEN DEL PUERTO



**YOLANDA REGIDOR**



Yolanda Regidor (Cáceres, 1970) es escritora. Se licenció en Derecho y obtuvo un máster en Psicosociología. Formadora ocupacional, antes de dedicarse a la literatura trabajaba como asesora jurídica y docente en programas de inserción sociolaboral. Es autora de las novelas *La piel del camaleón* (2012), *Ego y yo* (Premio Jaén de Novela, 2014), *La espina del gato* (2017) y *La última cabaña* (2022), que han recibido una gran acogida por parte de los lectores y la crítica. Sus relatos han sido publicados en diversas antologías y ha colaborado con artículos en revistas y varios medios impresos.



## CON RAZÓN DICE MI PADRE

Un metepatas. Eso fui desde pequeño. Un defecto como otro cualquiera, me digo para conformarme; pero no es como cualquiera. Nada parecido a tener una cojera, orejas de soplillo o incluso halitosis. No, este es más dañino. Este es de los que te va dejando solo y tarado por la vida.

Supongo que de alguna manera comencé a pifiarla desde el útero de mi madre pues, en el parto, ya salí de pierna; y seguro que seguí liándola en mis primeros años aunque no pueda acordarme ni mi familia quiera, porque para cuando mis padres empezaron a plantearse qué hacer conmigo, ya habían querido morirse una y otra vez.

Esto sucedió cuando yo tenía siete años. La Iglesia católica me presuponía indebidamente uso de razón, y los dientes de leche comenzaban a moverse uno tras otro. Cuando alguno empezaba a flojear ligeramente, me invadía el horror de los días venideros, pues se conoce que tenían el nervio recio y tardaban en caerse una eternidad. Días y días de notar ese changarro en la boca, de darlo la vuelta y ponerlo del revés, del canguelo a tragármelo dormido, o comiendo, de empujarlo con la lengua frente al espejo y mostrarlo en plan cuerno, justo a donde yo quería mandar a quien intentara camelarme con la martingala del ratón Pérez del carajo. En fin, un sinvivir.

El caso es que estaba yo en esos días ruinosos, padeciendo con uno de mis piños: un colmillo cabrón que llevaba ya demasiado tiempo acompañándome cual campanilla invertida. Y el badajo que no cedía, ni para adelante ni para atrás. Y mi madre que «si déjame a mí que te lo agarro con una servilleta y ni te enteras», y mi padre que si «qué mariquita, si eso no duele», y mi hermana que si «buah, qué miedica, yo me los quitaba rápido»... y en estas, que apareció mi tío de visita por casa. Yo tenía endiosado a mi tío. Siempre que llegaba traía bajo el brazo algún juguete caro, pues él era de los de entrar a una tienda y llevarse siempre lo que más valía. Tenía aspecto de detective de serie americana, gafas de aviador y un Citroën Tiburón. Era mucho más jovial que su hermana, que era mi madre, y siempre sonreía. Nada más entrar por la puerta, y aunque fuese yo quien le abriera, preguntaba dónde estaba el bicho, o sea yo, me agarraba por debajo de los brazos y me lanzaba hacia arriba con fuerza para espanto de mi madre, que sufría de acrofobia en todos los aspectos de la vida, pues le

daban vahídos hasta de imaginar un ascenso de mi padre en la Caja de Ahorros donde trabajaba. Mi tío saludaba al resto del personal y se ponía a pelear de broma conmigo, me hacía la vuelta campera y algún truco de manos nuevo para que chulease en el colegio. Luego se repanchingaba en el sillón donde solía hacerlo mi padre, cruzando las piernas con mucho estilo, y nos contaba su último viaje a América mientras sostenía, haciendo tintinear los hielos, un vaso ancho de whisky que mi madre le había llevado sin preguntar.

—Pero... ¿Lucía no fue contigo? ¿No me digas que la has dejado? —le preguntó mi madre.

—Sí, Marga. Si es que se volvió insoportable. Todo el día queriéndome controlar, que si me pasaba el día fuera, que si dónde estaba, que si salía más con mis amigos que con ella...

Sonó el cerrojo de la puerta y al poco apareció mi padre. Mi tío le saludó con un abrazo y palmaditas en la barriga, «qué bien te cuida mi hermana, cabronazo». Mientras mi madre proseguía distraída con la tertulia, mi padre aprovechó la ocasión para servirse él otro whisky, lo que no le libró de que les enristrara —a él y al vaso— con un rayo láser en cuanto se sentó.

—Pero hombre, Lucía es tan buena... —insistía ella—. Y te quiere mucho. Siempre te ha querido, desde niña. Tú has sido su único novio.

—Es que le entró la obsesión de que tenía otra.

—Y seguro que tenía razón, crápula.

—Ja ja ja... No te preocupes tanto por ella, hermanita. Los cuernos de leche no duelen.

—Pues Raulete no te diría lo mismo —intervino mi padre—. Raulete, enséñale al tío la reliquia que guardas en la boca.

Y yo se lo enseñé. Haciendo el cuerno.

—¿Pero ¿qué es eso, hombre?

—Que no se me cae.

—¿Pero has tirado de él?

—Un poco. Pero no se cae.

—Ah, pues yo sé hacer que se caigan solos. Si quieres, lo tienes fuera en un segundo.

—¿Cómo?

—Muy fácil. Es un truco de magia. Ya verás. Voy al baño a lavarme las manos. Tú espérame aquí.



Mi madre se levantó tras él, «espera, que te dé una toalla limpia», y allí me quedé un momento con mi padre, que aprovechó su ausencia para echarse un poco más de whisky. Cuando volvieron, mi tío abrió la puerta de la sala y me colocó a dos pasos de ella.

—Verás, no te vas a enterar porque se produce por el aire. Nadie te va a tocar nada. Tú solo tienes que abrir bien la boca para que pueda salir, y cerrar los ojos cuando yo te lo diga. Cuando oigas un ruido fuerte, ese diente ya no estará.

Confíe en él. Era mi tío. No iba a tocarme. Solo sería por el aire. Consistía en un truco de magia, y a esa edad no sabes aún que, en la vida y en todos sus aspectos, para que haya magia siempre tiene que haber truco. Me dejé llevar.

«Cierra los ojos fuerte y no los abras por nada, ¿eh?, que si no, no sale». Mientras recitaba algo en latín o yo qué sé en qué lengua, amarró, tal como supe después, el extremo de un hilo de fibra al pomo de la puerta y, con el otro cabo («Ahora abre mucho la boca», me dijo), hizo un nudo corredizo con el que lazoó mi colmillo tan rápido y diestro que ni me enteré. «Abra cadabra... pata de cabra». Y en aquel instante, sonó el mayor portazo que yo he oído en mi vida, llevándose con él mi diente, mi integridad y mi dignidad. «¡Tachánnn!».

Me quedé tieso durante tres segundos, con el ruido de aquel golpe reverberando en mi cabeza y la encía dolorida. Mutilado, humillado y mellado ya, intentaba procesar la sorpresa y la rabia clavando mis ojos desquiciados en la espléndida sonrisa de mi venerado tío.

— ¡Tachánnnn! —repitió.

Y entonces, como la bocanada de fuego de un faquir, salió de mí la frase que arruinó por largo tiempo nuestra vida familiar:

— ¡Con razón dice mi padre que eres gilipollas!

CUANDO SALIERON DEL BAR, ROBERT LA CONDUJO CALLE ABAJO y, al final de la cuesta, se sentaron en el umbral de una puerta muy poco iluminada. No había un alma, no pasaba nadie por allí. Cercanos, brillaban los modestos neones del Polopo's, un bar de copas demasiado escondido en un bancal sin farola, un garito con mala reputación y que, sin embargo, daba a la zona cierto toque de seguridad, de posible amparo, un aire de civilización, luz, teléfono, gente, no toda mala. Lucrecia encendió un cigarrillo. Conocía la zona; su amigo el Percas lo frecuentaba para pillar lo que no se podía en la plaza de San Justo, pero nunca le acompañó, ni ella ni nadie, porque debía ir solo.

—¿Tienes miedo?

—¿Debería?

—No —contestó Robert—. Pero has de saber que estamos sentados en el despacho de un yonqui camello.

—¿Y qué hacemos aquí?

Se oyeron pasos en la calle empedrada y vieron la silueta de un joven acercándose. Robert ya no respondió a su pregunta y ella se cubrió la cabeza con la capucha de su sudadera. A Lucrecia le pareció haber vivido ya ese momento, haber visto antes esa figura con las manos metidas en los bolsillos de la chupa y esa forma de andar arqueando unas piernas famélicas. Lucrecia se volvió hacia Robert, que miraba fijamente al personaje que se acercaba. Dio una calada al cigarro y expulsó el humo entre sus piernas hacia el suelo de adoquines húmedos.

Los pasos sonaban cada vez más fuertes hasta que dejaron de oírse justo frente a ellos.

—¿Qué hay?

Robert se puso en pie, pero a Lucrecia el miedo la mantuvo pegada al escalón. Solo levantó la cabeza.

—Sé que era para mañana, pero ha surgido un imprevisto —respondió Robert.

—A mí me da igual, tío. Yo me chuto to los días —dijo esa voz desarticulada—. ¿Y ese quién es? —preguntó señalando el bulto oscuro que era Lucrecia.

—Una amiga.

Lucrecia, confundida, se incorporó y echó hacia atrás su capucha. Le miró, con el reflejo azul de los neones en los ojos, y dio una chupada nerviosa al cigarrillo. El yonqui, sorprendido, levantó las cejas

sin conseguir abrir un solo milímetro sus párpados caídos, y exclamó un «¡Joder!» burlón, ridículamente altanero. Sacó un manojo de llaves del bolsillo de su pantalón y metió una de ellas torpemente en la cerradura de aquel portal. Giró la cabeza y lanzó un esputo de color a la calle.

—Vamos —dijo invitándoles a pasar tras él—. Dejadla cerrada.

Él subía las escaleras con un extraño ritmo cansino y ansiado, como si la cabeza anduviese un metro por delante de sus piernas, remolcándolas. Lucrecia iba detrás porque Robert, galantemente, le había cedido el paso, aunque Lucrecia hubiese preferido que no lo hiciera porque así no había forma de poder preguntarle a qué coño estaban jugando; así lo único que podía hacer era continuar subiendo escaleras, hasta Dios sabía dónde, detrás del monstruo de IRON MAIDEN estampado en la espalda de la cazadora del drogata.

Llegaron al rellano del tercer piso y el yonqui abrió la puerta de una de las dos viviendas. A Lucrecia le llamó la atención que fuese aquella y no la otra. Era una puerta cara, de esas blindadas, como la que habían puesto sus padres en la casa de Soria. Pero al abrir, les golpeó la tufarada de un mundo absolutamente opuesto. A ella le costó respirar con normalidad aquel extraño hedor. No podría decir que lo conociese, pero tampoco que no lo hubiese percibido antes, al menos sí descompuesto en diferentes matices: comida, vómito, caca, sobaco y calcetines. Solo una nariz profesional hubiese sido capaz de aislar cada elemento.

No era la primera vez que Robert estaba allí. Lucrecia no lo sabía, pero él llevaba buscando algo desde hacía tiempo; quería encontrar una respuesta, una explicación. Era preciso interpretar, acabar por comprender... y cerrar de una vez. Despreciaba a ese pinchota de mierda, tanto como para perder los papeles, tanto que no le hubiera importado verle morir de una sobredosis o incluso matarle con sus propias manos. Pero le necesitaba, porque él no iba a ser su propio conejo de Indias, no era tan tonto. Quizá hoy fuese el día, quién sabe; puede que con Lucrecia a su lado pudiese percibir de cerca, todo lo más que pudiese, y entender al fin esa gloria por la que se desprecia todo lo demás, ese gozo por el que se mata y se muere, esa fruición tan intensa por la que se abastarda, se utiliza y se abandona.

—Voy a poner el loro. Los Maiden, los mejores del mundo —balbuceó el drogadicto dándole al play—. Desde luego, macho, a los

pijos sos da por unas cosas que... vamos. Pero ya te digo yo que no veis el peligro. Como el notas que ma potao aquí esta mañana; un pringao que también pinta como vosotros, pero ese pintará en su casa, aquí viene a otra cosa. Antes solo venía a por matute: farlopa, Pink floyds...; y tanto va el cántaro a la fuente, que al final... ya va por el sexto pico. Por la rodilla se mete el buco, pa que en su casa no se enteren, ¡ya ves! —Y echó una risa mellada que se mezcló enseguida con una tos expectorante.

—Esperad aquí —dijo ofreciéndoles un sofá lleno de manchas—. Voy a echar el lastre, ahora vuelvo.

Se metió en el servicio rascándose las costillas.

—Robert —pudo susurrar Lucrecia por fin—. ¿Qué hacemos aquí? ¿Vas a decírmelo?

—VER.

Solo dijo eso; porque Robert no cree en las palabras. Todo se simplifica enormemente cuando no hay palabras. Sin ellas, se percibe en un estado más puro, sin contaminar, como un bebé que, aún sin entender nada, se sorprende, ríe o llora ante figuras, sonidos o sensaciones. Luego ya no es lo mismo, jamás vuelve a ser lo mismo. Porque las palabras lo pervierten todo con sus múltiples maneras. Demasiadas formas de interpretar, nadie las asimila de igual modo. Es demasiado complicado hablar sin tullir, escuchar sin resultar lisiado. Solo hay que ver.

Y Lucrecia vio.

Sus nuevos ojos contemplaron lo real y lo irreal. Observó con nitidez absoluta cómo el yonqui salió del váter con una papelina en la mano y rebuscó una jeringuilla en el cajón del mueble de la polvorienta tele. Tomó asiento en una butaca. Se quitó la cazadora y sacó del bolsillo una cinta de goma. Tiró la chupa al tresillo, muy cerca de Lucrecia, y cogió una cuchara que había encima de la mesa de centro.

—Pues el notas ese ya ha empezado a hacerse unos trapis —les cuenta—. De ahí a estar como yo no hay na. Hay que ser gilipollas.

Echó una china de color blanco en ella y lo mezcló con un poco de agua para deshacerla, como hacía su madre con la aspirina cuando él era chinorris. «Cuando era chinorris». Los miró durante unos segundos con un gesto amarrido. Después, displicente, arqueó las cejas, bufó cabeceando y volvió a lo suyo sin decir nada.

Mientras disolvía aquello al fuego, Lucrecia fue consciente de cada detalle, de todos los movimientos, de todos los reflejos y todos los temblores. Veía la llama, naranja, amarilla y azul, demasiado quieta, artificial; la vibración de un hambre acuciante en el brillo pobre del cubierto usado, con tizne de cien veces; la piel ajada de la mano que lo sostenía, sus profundos surcos rellenos de roña capaz de infectar los huesos.

—Yo, no es por desconfiar —dijo el yonqui rompiendo el momento—, pero ya sabes cómo va esto: si quieres que te cante, las pelas por delante.

Robert tiró un billete de mil pesetas en la mesita baja.

—Un talego más... por la compañía —dijo oportunista el macarra señalando con la cabeza a Lucrecia.

No discutió. Sacó otro billete de su cartera y lo depositó junto al otro.

El yonqui se incorporó, los guardó en el bolsillo, volvió a restregarse el torso con la zarpa y continuó el proceso. Llenó la chuta con el escaso líquido turbio, la meneó un par de veces y la dejó encima del cojín mugriento del sillón. Con renovadas fuerzas, ató la tira de goma alrededor de su brazo izquierdo, una extremidad devastada, llena de bultos claros y huecos negros. Las venas se hincharon. Pinchó en una de ellas y, siguiendo su curso, fue introduciendo la aguja hasta el final. Con destreza, tiró del cilindro con dos dedos, y la droga y su sangre se mezclaron dentro de la jeringa. Despacio, fue apretando el émbolo con su índice. La uña, bordeada en negro, tomó un matiz anaranjado por la presión. Claro, era la mezcla del rojo carne de fondo y el amarillo uña ahumada. Lucrecia se dio cuenta de que allí, en ese antro maloliente, también funcionaban las reglas de la Naturaleza, quizá mejor que en ningún otro sitio. Era la Naturaleza en estado puro, el instinto animal. Solo había deseo de placer, de responder a esa necesidad básica de la que no podemos librarnos y que en este caso era mucho más terrible. En esta ocasión, el placer debía contrarrestar el dolor.

El yonqui bombeaba lentamente, disfrutando de la penetración, del contoneo suave de la sangre intoxicada, hacia dentro, hacia fuera, hacia dentro, hacia fuera, dentro, más adentro. Ya. Unos segundos, justos para sacar el pincho y desliar la goma antes de coronar.

Lucrecia aprehendía cada instante al por menor, pero también, y al mismo tiempo, podía fijarse en el contexto. El sentido de su vista se

había ampliado, se había expandido, globalizado, de forma que para apreciar un detalle no tenía que emborronar lo que le rodeaba, no debía desechar el resto; la periferia de aquel yonqui respirando como un animal salvaje no quedaba velada. Sus pupilas eran capaces de ver más allá del punto al que enfocaba, podía avistar lo que quisiera desde cada lugar de la habitación, desde allí o desde aquí, desde arriba o desde abajo, del derecho o del revés, y todo al mismo tiempo. Aquello le daba una perspectiva íntegra, jamás experimentada.

Por eso, también pudo contemplar con inédita precisión lo irreal. Antes no hubiese podido, porque a diferencia de la realidad, esta se nos escapa rápidamente, es efímera, transitoria, y para poder ver el tren pasar, debes hacerlo desde fuera y calcular la distancia a la que puedes presenciarlo con cierta claridad. Lucrecia había estado siempre dentro de un vagón, hacia algún lugar al que nunca llegaba; había vivido siempre en tránsito, en el no presente, en el nunca futuro, y el diferido de su vida era solo un timo. Descubrió en ese momento que lo real y lo irreal están demasiado cerca, siempre uno al lado del otro, respetándose el territorio, amparándose si es necesario, sabiendo que la muerte de uno conlleva necesariamente la del otro.

*A clever path for the fools who know  
The secret of the hanged man  
The smile on his lips*

Seguía sonando la voz de Dickinson, pero Lucrecia no la oía. Su primer sentido se había separado totalmente de los otros cuatro; y así, lograba, sin náuseas, estar dentro del tubo de la jeringa, ser sangre enviada y viajar por las venas del drogadicto, llegar a su corazón, que latía a cámara lenta, darse un paseo por su mente infestada de escoria e infamia, llena de cicatrices y manchas de lástima y de claudicación. No encontró heridas abiertas de vergüenza, eso no. Pero sí pudo ver las chiribitas multicolores de un orgasmo sostenido, miles de círculos concéntricos expandiéndose lentamente hasta explotar, uno tras otro, haciendo saltar una gota, como las pompas de jabón. En un ligero entreabrir de aquellos párpados caídos, atravesó su pupila puntiforme y salió a la habitación, donde estaban dos morbosos mirando cómo un drogata llegaba al clímax sin ni siquiera haberse empalmado, que a la vista estaba que no la tenía tiesa. Consiguió leer la parte pos-

terior de una bolsa de patatas, aceite vegetal y sal, tirada en el suelo al lado de dos gotas de sangre seca, una mayor, otra menor, y logró darles de nuevo frescura y densidad y que volviesen al brazo del que escurrieron; colocó cada una de las múltiples colillas que rebosaban el cenicero en los labios de diferentes personas, ¿personajes?, logró diferenciar, en la única bombilla sana de una lámpara de cinco brazos, la luz como algo aparte y distinto de lo que emana de los filamentos incandescentes, y ver, muy, muy claro con la escasa luminaria, las pisadas de decenas de enganchados que visitaban esa casa y distinguir, entre ellas, las de su amigo el Percas.

(De *La piel del camaleón*)

¿CÓMO VES TÚ UN PASAMANOS ANCLADO A UNA PARED? ¿Como asidero o como tirador para arrancar el muro? Porque ahí está el equilibrio del asunto, del porqué al tan distinto proceder humano. La visión de la materia no depende de los ojos. Yo lo identifico como ayuda porque lo he visto ayudar; en cambio él carecía de referencias. Su percepción era siempre salvaje, aunque jamás podría decirse que inhumana; porque nada hay tan humano como un comportamiento natural, ese dejarse llevar por las sensaciones y los sentimientos que nos evocan. Pero claro, es terrible para los que no somos así tener que buscarle una explicación. Toda mi vida llevo intentándolo sin conseguirlo; sin alcanzar, ni por asomo, a comprender su mente siquiera una pizca, a prevenir sus actos... y a protegerme de ellos.

No entendí por qué hizo aquello, pero el caso es que, desde el primer segundo, tuve la brutal experiencia de percibir a la vez una mezcla de sentimientos que no tuve tiempo de identificar porque, bajo las condiciones elevadas de calor y presión, se convirtieron en uno solo, distinto, como las rocas metamórficas.

No voy a intentar definir algo tan mío, y tampoco le pondré nombre porque quiero que siga siendo solo mío, aunque podría sonar algo así como «Brumm». Sí, un «brumm» justo después del «psss» de su cigarrillo en la bola gigante de helado de chocolate de aquel mocosito.

Ni se lo pensó. El maldito crío obeso le miró boquiabierto, repugnantemente boquiabierto con berretes marrones en las comisuras y en el borde de sus piños de leche. Dos segundos duró aquello; uno para revolverle el pelo rucio, otro para guiñarle un ojo.

Fue a la entrada de un restaurante de carretera. Habíamos salido de la autovía a tomar algo en un área de descanso de esas con estación de servicio, tenedor y cuchillo, taza humeante y vergas en vinagre para llevar de regalo. Tan solo llevábamos una hora de viaje, pero el baño, el berrinche y, tal vez, el hambre le tenían de un extraño humor. El disco pirata de Eminem era ilegible para el CD del coche y él se había estado cagando, alternativamente según pasábamos por cada uno de los mojones kilométricos, en los putos chinos y en los cabrones de los de Pionner. Kilómetro 305, putos..., Kilómetro 306, cabrones..., Kilómetro 307, putos..., y así hubiera seguido durante mucho más tiempo si no hubiese sido porque yo le saqué del bucle invitándole a parar y comer alguna cosa. En buena hora; porque pasados los dos segundos de pasmo de aquella criatura del demonio, todo se volvió irreal: mi «Brumm» emulsionó con su llanto estridente, su padre salió del esta-



blecimiento como por el toril, y solo tuvo que mirar dos puntas: la de la colilla hincada en la malograda golosina y la del dedo de su cachorro señalándonos.

Ese señor se despepitaba. Yo veía sus muecas pero no le oía gritar; era como si de repente me hubiese quedado sordo, sordo de oído, porque el «Brumm» sí que sonaba, pero muy dentro, como si lo oyese con el tímpano del alma. Era lo único, pues ni las voces del hombre, ni la risa de mi compañero, ni los golpes que nos propinó después, nada. Él no se defendía, no paraba de reírse, y yo, que nunca me he caracterizado de valiente, me las llevé todas intentando tan solo que parase cada cual de hacer lo suyo. No hubo modo, como si a uno no le doliesen los puñetazos y el otro fuera el más inclemente sádico, hasta que los dos acabaron exhaustos, resollando, muertos de asco, probablemente de sí mismos. En ese momento vi una imagen que puede que fuese ilusoria; algún leñazo en la cabeza me hizo entrever al pequeño mamotreto zampándose el helado; porque aquello no podía ser real. ¿O sí?

Imposible saberlo. La verdad es una y trina; o al menos dupla. Eso lo sé de buena tinta.

Él siempre estaba dispuesto a sacar de raíz la baranda y, tal y como yo lo veo, a arrear a alguien con ella, o al menos a incordiar hasta hacer perder los nervios a cualquiera. Yo, en cambio, podía acariciar sutil el agarradero en un acto inconsciente de íntimo agradecimiento. A eso me enseñó mi madre. Porque esas cosas siempre vienen por vía materna.

Mi madre era pequeña, peluda y suave, como Platero; con hermosura caballar sin llegar a yegua; con una ternura que no entraba en conflicto con su terquedad y una fragilidad que convivía con su dureza. Llamémosla, por tanto, Platera.

—Es un buen chico —decía Platera—, demasiado bueno; se deja llevar. Ya es mala suerte que sea por ese.

Dicen que los que no sienten culpa son irresponsables; como la culpa nunca es suya, pueden hacer lo que quieran, pero también lo que se les mande, bueno o malo; así, de esa forma, también se hacen manejables. Eso es el cabo, pero todo el mundo calla el rabo: ese otro extremo en el que están los mártires de un inculcado sentido del deber, continuamente afligidos por el miedo al sentimiento terrible que trae el pecado de incumplir; a esos sí se los bloquea fácilmente, esos sí que no se atreven a mear fuera del tiesto durante un tiempo, el tiempo

justo hasta la llegada de otro déspota con usos más relajados. A mí me sucedieron las dos cosas: fui un atormentado por el deber hasta que apareció el nuevo corifeo: un capullo divertido del que podía dejarme llevar sin graves consecuencias pues la responsabilidad era suya, que para eso era el sátrapa. Qué llana y natural es la vida cuando se deja correr; pero a los ríos se los encauza, se los canaliza, se los estanca.

—No entiendo cómo dos chicos tan diferentes...

No, claro que no. Mi padre no lo entendía porque él no había tenido la suerte de conocer a su persona, digamos, complementaria; no podía saber que una vez que sucede ya no tiene vuelta atrás. Él no comprendía, ni yo hubiese sido capaz por entonces de explicárselo, que los aspectos más importantes de nuestra vida no podemos elegirlos. No puedo escoger mi cara, mi familia, mi barrio, mis genes... esas cosas que conforman mi personalidad, mi medio yo; pues yo soy solo medio, tú eres solo medio, todos somos solo mitades; en algunos casos tercios o incluso quintos, pero todos nacemos incompletos. Y no me estoy refiriendo a esas cursiladas de la media naranja, el alma gemela y patrañas exotéricas por el estilo; sí, exotéricas con equis (x). Platón era un flipado que únicamente veía sombras. No te fíes de alguien que ve sombras; sombras escindidas de un ser hermafrodita, nada menos. El amigo Aris estaba un pelín más centrado cuando dijo eso de que la amistad es un alma que habita en dos cuerpos. No obstante, es de todos bien sabido que en la Grecia clásica empinaban mucho el codo. En fin, que lo único que puedes tener es la buena fortuna de encontrar al otro para vivir una vida plena, con sus elementos y los tuyos; alguien tan distinto que, cada cosa que haga, sepas tú que jamás lo hubieses hecho de no haber sido por él, que gracias a él no te lo estás perdiendo. Y eso ya es cuestión de suerte. Y yo la tuve. Apareció cuando me hizo falta, cuando me di cuenta del cero a la izquierda que yo era para la gente, del instrumento que representaba para mi madre y del omiso lastre que implicaba para mi padre.

Mi amigo me era imprescindible para sentir a través de él lo que yo de ningún modo podría atreverme a experimentar, y él me necesitaba a mí para dejar de percibir tanto y tan excéntricamente, para dar algo de racionalidad a su vida de saltabardales. Por eso, me complacían las pocas cosas que teníamos en común, pero me interesaban las diferentes, las que, de otra forma, yo nunca hubiese vivido. Éramos complementarios. Yo advertía sus vibraciones, aunque no las entendiese, porque era mi yang, mi necesario. La parte yang de mi alma

correspondía a su cuerpo pero la disfrutábamos los dos, la padecíamos los dos; era absolutamente preciso que así fuese para no sufrir la pérdida de la vida. Él era impaciente, impetuoso; estaba lleno de pulsiones salvajes, instintos que no aparecen en los libros de ciencias; lo sentía todo de una forma extraña, extrema. Y a él le faltaba quien le sirviese de ejemplo de lo normal, lo racional, la virtud, el centro, lo mediocre. Pensó que yo podía ayudarle, porque él quería sentir como una persona corriente y no podía. Me necesitaba y yo necesitaba su necesidad.

\* \* \*

En el crepúsculo todo habla: todas las cosas del universo lanzan su mensaje. Y esa elocuencia es contagiosa. Y fluye de una forma tranquilizadora durante las horas de la noche. Y todo cobra trascendencia. Y nada importa.

Pero la luz del amanecer se encarga de pasar la hoja. La claridad de la madrugada siempre es lánguida, sin brillo; y es por esa ausencia de destellos por lo que se ven las cosas con toda precisión, pues nada nos deslumbra. Entonces el mundo deja de parecer hermoso y limpio, porque esa luminosidad hace destacar lo feo, lo sucio, lo ajado, las arrugas profundas. Ocurre como cuando vas en el metro, con nada que hacer salvo mirar sin mirar a los otros. Ves los cordones sucios de sus zapatillas, la mierda de tus uñas, la caspa en la chaqueta del de delante, los pelos de perro en ese jersey con bolas, los zancajos secos y percutidos sobre sandalias que balancean en el aire, un aire viciado ya por fétidos alientos matutinos... y rostros, vistos de soslayo pero todos sucios, con pieles muertas y cabellos grasos. Es difícil no sentirse roñoso y como empolvado, aunque acabes de ducharte. Es así; por eso la gente lee durante el trayecto. No es por entretenerse, no, quién va a querer leer en ese sitio; es para no ver toda esa fealdad. Pues eso que ocurre ahí a cualquier hora, sucede fuera en los albores del día, de cada día, de todo el mundo.

Normalmente, después, vuelven los destellos del sol para cegarnos, para actuar de *photoshop* y hacernos ver la vida con lustre. Pero hay mañanas en las que no da paso. Y esa era una de ellas.

(De *Ego y yo*)

PASEO POR LA GRAN VÍA. No me cuesta identificar lo que fue el Teatro Popular; la franquicia de ropa que lo ocupa ha respetado los arcos de su fachada. Al lado, tal como indicó mi nieto cuando vio aquella fotografía del minuterio, hay un rótulo que pone Starbucks. Entro en el establecimiento y lo primero que pienso es que debió equivocarse cuando me dijo que era una cafetería. Sin embargo, sí, parece que venden café. Hay cola para pedir. Muchos recogen su pedido en un vaso de papel y se van a la calle; otros se quedan. Estoy tan distraída observando la naturalidad con la que actúan estos jóvenes que, cuando llega mi turno, pido un café. Así, sin apellidos. La chica que me atiende, una cría a la que le sienta muy bien el uniforme, comprende y amablemente me recomienda el capuchino mediano. Bien, le digo, y me pregunta el nombre. «Es para llamarla cuando esté listo», me explica. «Niña; me llamo Niña», le respondo. Y las dos nos sonreímos abiertamente.

Se salta el protocolo y me lo trae a la mesa. «Si quiere azúcar, canela o polvo de cacao, lo tiene en aquel aparador». Su dulzura es de una belleza tal que contrasta enormemente con la conversación que escucho a otros chavales sentados a mi izquierda. Hablan como si tal cosa, como si nada, sin tener en cuenta que a mí me llega su onda expresiva. Recuerdan un viaje a Lisboa. Se ríen de las hembras bigotudas, de los gitanos, de los coches destartados, de los mendigos que piden con un vaso. «¿Qué piden? ¿Vino?». Ríen. «Lisboa tiene mucho encanto. Es tan decadente», dicen. No puedo evitar mirarlos. El gusto por la decadencia tiene algo de perversión. Solo el que ha sufrido el desplome de lo bello lo sabe. Pero no, en su mirada no hay atisbo de maldad; son miradas limpias. Entonces recompongo mi actitud para con ellos: solo son jóvenes. Y yo estaba cayendo en ese talante chocho de sentir que los chavales se comportan impulsivamente para molestartos, de presentir el final de nuestro tiempo porque no podemos visualizar un futuro distinto; pero es lógico: la imaginación decae estrepitosamente con la edad.

Ay, es tan fácil imaginar y reír cuando eres joven. Aunque se ríe por fuera. Yo voy sabiendo lo que es reír con las manos descansando, la izquierda bajo la derecha; no veo lluvia de colores, pero sé lo que es troncharse sin que se alteren las amargas arrugas de una boca; ya no me deslizo entre las sábanas como pez en el agua, pero ahora puedo ver, tras las escleróticas amarillentas de unos ojos, ventanas ardientes.

Se acerca el momento; mañana es el día esperado. Nos hemos citado aquí mismo por lo simbólico de la fotografía. «Dice mi nieto que en el local que tenemos a nuestra espalda ahora hay una cafetería», le dije. No es que me disguste el lugar, pero no nos quedaremos aquí. He hecho bien en venir a conocerlo antes. Buscaremos un café tranquilo en el que haya gente que no me recuerde a mis nietos continuamente.

Me doy cuenta de que llevo un rato sin escuchar a esos jóvenes; su conversación se ha convertido en un gárrulo rumor velado por mis pensamientos. Son pensamientos fuertes, nervudos, altos y claros; quizá los provoque así la excitación por la proximidad del encuentro. Me recuerdo hace un año y medio, destrozada por la muerte de mi esposo. El amor y la muerte tienen la misma capacidad de atracción; querer morir para estar con quien has amado, aunque no creas en otras vidas; simplemente por estar en el mismo estado que él, en su misma condición. Durante el funeral, miraba a nuestros amigos, algo mayores que nosotros, que yo. Vi a su mejor compañero temblar. Se recompu-so. Los viejos se estremecen en los funerales. No son tics de músculos cansados, como pensaba yo siempre; son escalofríos. Es sentir la cercanía de la muerte, saber que la vida, finalmente, es una batalla que siempre se pierde. Y en ese momento, dejarías de luchar, y quisieras que un rayo te partiese en dos junto a ese ciprés, acabar con todo definitivamente, que reviente ya, dejar de volar a contraviento de una vez, porque eso es lo que es la vida: un vuelo a contraviento. Sin embargo, sales del camposanto y sigues existiendo; continúas llorando, te acostumbras al dolor como quien se acostumbra al crimen, sobrevives a la soledad y, después, la idea de la muerte ya no urge tanto. Y un día, cuando ya no lo esperabas, cuando todo había quedado a mil sueños de distancia, vuelve a refulgir una chispa que enciende de nuevo tu existencia. «Claro que puedo encontrarlo. A cualquier persona, viva o muerta», dijo mi nieto, «siempre que cuente con una fotografía». Ese fue el detonante de una nueva explosión. Quizá solo en ese momento, ya en esta recta final de mi vida, tuve conciencia de mi pasado, de que en realidad siempre fui libre para elegir, que hice lo que quise hacer y que nunca he sido como mi madre o como mi abuela; yo sí había venido al mundo para mí. Había sido feliz, había disfrutado de la felicidad inconsciente de ser continuamente amada, la mayor que se puede gozar. Y aunque hay charcos que nunca se secan, pues no para de llover en el mismo sitio o, tal vez, porque no hay estío suficientemente

largo para ello..., a pesar de todo eso, digo, había sido muy feliz; y ahora no quería otra cosa que, simplemente, seguir siéndolo. «Encuentra a este. Al más alto», fue mi respuesta; el combustible de este loco fuego a deshora.

Intento rebajar la intensidad de mis emociones hojeando una revista que he comprado en el quiosco de ahí fuera. «La velocidad de las sensaciones de la piel al cerebro viajan a doscientos treinta kilómetros hora», leo que asegura un tal Schiele. Y por qué no se quedan, me pregunto; por qué no se instalan las buenas sensaciones de por vida, poder retenerlas selectivamente; porque no podemos hacer otra cosa que acudir al recuerdo, y este es tan caprichoso...; cuando no quieres recordar, ahí está él, fastidiándolo todo, y si quieres volver a sentir sus manos sobre tu piel, no consigues que se sostenga un solo segundo.

Pienso en cómo estarán sus manos; cuál será su aspecto ahora que frisa los ochenta. Tendrá rojo el borde de sus ojos pellizcados, y el pelo blanco nimbeará su rostro salpicado de pecas. Quizá a los dos nos cueste reconocernos; quizá no. Me pregunto también cómo será en la actualidad, si su carácter habrá cambiado, porque... se cambia tantas veces en la vida. Los padres creen conocer a sus hijos, y se esfuerzan por convencerse de ello en un acto de vanidad, pero no es así. Tampoco los hijos conocen a los padres, mucho menos a los hermanos o amigos. Y a pesar de ello, el recuerdo de una persona persiste en una sola imagen, en una idea, en un concepto. Lo hacemos para no perderlos, pero esa figura es solo una proyección ilusoria. Ojalá la gente permaneciera igual mientras yo cambio, o al contrario, que yo fijase mi modo en medio del movimiento de los otros; el caso sería tener referencias. Pero todos mutamos continuamente. Hacer que la melodía de nuestra vida no suene a destiempo no está en nuestra mano; y sin embargo, nunca dejamos de intentarlo. Puede costar toda una vida, y cuando llega, sonar desafinada o afónica.

Tengo miedo a eso. Claro que tengo miedo. Pero entiendo que, a veces, solo se separaran los cuerpos. Tiras y tiras de ti hacia adelante intentando despegar su sombra de la tuya, y solo consigues deformar la estela de la vida. Comprendo ahora que hay que volver, aunque solo sea para recogerla.

(De *La espina del gato*)

COGÍ AQUEL AUTOBÚS. El paisaje era aciago tras las gotas de lluvia que se deslizaban, oblicuas, sobre la superficie del ventanal. Cuando una de ellas se arrima a otra lo suficiente, se funden, se hacen una sola, con más consistencia, y corre a más velocidad. Es una carrera caótica, no sigue más regla que la del azaroso destino: un acelerón, una frenada, una ráfaga de aire del oeste en una curva, el rastro de otra gota anterior sobre el cristal...; cualquier cosa puede hacer que lo que era un minúsculo grano de agua recorra la ventana antes que los demás. Con las personas sucede lo mismo: alguien insignificante tiene un golpe de suerte y su sino le lleva a unirse a otro ser que puede hacerle volar, puede hacerle creer que levita sobre abismos donde otros se hunden. Pero al final todo se reduce a llegar al borde de la cristallera. Y allí empezar de nuevo.

Hace días que no escribo. Quizá la música me ha venido mal para el espíritu. En estos días pasados he escuchado esos discos una y otra vez, y me he dado cuenta de lo que pueden provocar ciertas notas en el estado de ánimo. Es peligroso dejarse llevar por la melancolía. Lo sé muy bien. Tanto como por la ira. Por eso, hoy he decidido no hacerle; porque una cosa es aceptar el tono vital con el que te levantas, y otra muy distinta propiciarlo o incluso alimentarlo. Si le das de comer, ya no es tu propio y genuino estado emocional el que rige tus actos, sino un estado adulterado con el producto de penas ajenas, engordado a base de miserias, enfermo de obesidad mórbida. Sí, es un trastorno morbo. La melancolía es traicionera: siempre se presenta como algo cálido y ligero, tranquilo y reposado, e incluso llegamos a ver belleza en ese camino directo hacia el desasosiego. Una vez allí, es complicado desandar lo andado.

Creo que, a fin de cuentas, lo buscamos inconscientemente. El pasado nos condiciona a la hora de tener mucha o poca inclinación a ello: al vicio de la melancolía. Porque la vida nos va machacando hasta que nos defendemos encontrando placer donde, en principio, no lo hay. El masoquismo es una forma de supervivencia. Las emociones, puras y simples al principio, se van torciendo en el cerebro hasta que el placer y el dolor se confunden. Es raro ver a un niño triste. No digo que no los haya. Yo mismo fui un crío poco dado a la alegría. Y es probable que eso me llevara a la desgracia. La alegría es fuerte. Mi hermano era fuerte. Puede que fuese así porque lo criaron en la fortaleza, acogido en la fortaleza de los brazos de mi madre, ese castillo

inexpugnable para mí. Una madre puede hacer a un hijo así si quiere. Solo debe decidir tener otro para dárselo al primero, para que este se sienta superior a él, para que el segundo sea su pelele, su niño de paja.

Mi hermano establecía las bases del juego en mi casa, y también fuera de ella. Recuerdo aquella paliza que le dio a su mejor amigo, un día de estío, cerca del claro. Él llegó acompañado de sus dos camaradas y nos vieron a la chica tigre —porque aquel día, lo recuerdo bien, llevaba una blusa de rayas— y a mí saliendo de la choza. Anda, mira el marica, dijo aquel imprudente. ¿Quién es marica?, preguntó mi hermano, ¿Eh?, ¿eh? ¿A quién llamas tú marica? Y se lanzó sobre él enfurecido, dándole un empujón que lo tiró al suelo. Y una vez allí, se lio a mamporros con él, y él con mi hermano, hasta que, rebozados de tierra y sudor, a uno le sangró la nariz y al otro la boca. Pero estaba claro quién había ganado. Y también fue meridiano el motivo de aquella refriega. Mi hermano no pretendía defenderme a mí: solo quería imponer su superioridad. No podía permitir que alguien manchase su sangre. Solo eso. Si tenía un hermano cobarde, toda su estirpe se resentía. Así que, luego en casa, a mí me trató con más desprecio aún, pues supo que para mantener su autoridad era necesario mantener también el honor de su títere. Y eso era un estorbo de por vida. Yo, sin comprender bien las razones en aquel momento, me sentía agradecido por lo que aquello tenía de protección futura —excepto él, no volverían a meterse conmigo—, pero al mismo tiempo estaba profunda y dolorosamente avergonzado. Porque había sido él, y no yo, el que le había pegado a aquel majadero y, sobre todo, porque la escena tuvo lugar en presencia de mi niña pantera, que cuando volvíamos a casa los tres —yo abochornado, él magullado y ella con unos andares diferentes—, le preguntó si le dolía el labio.

Si le dolía el labio. En cambio, apenas unas semanas antes, ella casi me lo había arrancado a mí de un mordisco y, desde luego, no había sido tan considerada conmigo. Fue nuestro primer beso. Era principios del verano, nos habían dado las vacaciones y le propuse bajar al lago para darnos el chapuzón que inauguraría la temporada. Llevábamos el bañador puesto debajo de la ropa, y ninguno de los dos nos atrevíamos a quitárnosla; así que, sentados en las toallas, pusimos como excusa la estupenda ocasión que se nos brindaba para fumar un cigarrillo, pues no había nadie por allí. Ella sacó de su bolsa una botella de Coca-Cola y bebió un sorbo. Luego me invitó. Después nos fumamos otro ciga-



rrillo. Por fin se quitó sus pantalones cortos, pero se cubrió las rodillas, dobladas, con la camisa que llevaba. Me sorprendió la enorme cantidad de tela que había estado metida bajo la cinturilla de aquel short. Entonces yo me quité la camiseta. Y entonces ella se desabrochó los botones. Y entonces yo me incorporé para bajarme el pantalón. Y entonces ella se abrió la camisa dejando a la vista un bañador azul y blanco, de cuadritos de mantel, con un pequeño volante rematando el escote. Me lo ha comprado la estúpida de mi madre, dijo justificando la cursilería (lo que ella consideraba cursilería) de aquella prenda. El mío es herencia de mi hermano, no sé qué es peor, le respondí. Enseguida me di cuenta de que no debía haber dicho eso, sino que era bonito y que le sentaba estupendamente. Pero yo era un pardillo, el pardillo más grande del mundo. Y sin embargo, ella me había elegido para su primer beso. Creo que ya lo tenía decidido antes de ir allí.

Supongo que se lo había planteado como un reto, algo nuevo que experimentar, y no iba a volver a casa sin haberlo conseguido. Así que, como estaba incómoda y comprendió que aquella situación no iba a cambiar en toda la tarde ni con un baño ni con otro pitillo ni con nada, de repente se acercó a mí y estampó violentamente sus labios contra los míos. Fue tan inesperado que solo me di cuenta de lo que estaba pasando porque duró unos segundos, segundos que ella posiblemente estaría contando en su cabeza, tres, cuatro, cinco..., no sé, el tiempo necesario para considerarlo beso de novio según alguna de esas revistas de chicas que leía.

No sé de dónde me salió el valor para, nada más separarse, arrimar de nuevo mi cara a la suya e intentar otro. Entonces me dio una tremenda tarascada en el labio inferior que aún me duele cuando lo recuerdo. Se levantó, volvió a colocarse la camisa en un santiamén, agarró sus cosas y se largó corriendo, dejándome allí con el sabor ferroso de la sangre en mi boca y la botella del refresco vacía.

Tal vez fuera esa la primera vez que confundí el placer con el dolor. Porque su beso fue como la nostalgia: se instaló en mi cabeza como un goce que desembocaba, inevitablemente, en quebranto. Luego, toda mi vida fue lo mismo. Para sentir esa sensación tan cálida tenía que arrimarme tanto a las brasas que rara vez podía detener el impulso y acababa quemándome. Las heridas se convirtieron en secuelas necesarias. El sufrimiento formaba parte de la dicha. Se hicie-

ron uno. Como las gotas de agua en el cristal del autobús. Juntos viajan a mayor velocidad. Hasta que se estrellan.

\* \* \*

He conseguido atrapar una cucaracha que ha aparecido, de pronto, en mi cocina.

Dicen que pueden vivir siete días sin cabeza. Si eso es cierto, eso es tener fe. Fe ciega, sí señor.

He querido comprobarlo. La he agarrado suavemente para no dañarla y se la he cortado con la hoja de la gillette. Ahora están ahí, su cabeza y ella, o ella y su cuerpo —según se mire—, en una pequeña caja de cerillas. Lleva un rato moviendo las patas. No sé si ella puede verse. Si es así, será difícil que pierda su fe.

Eh, tú, le digo, es difícil perder la fe. Te resultará difícil perder tu fe porque sabes exactamente dónde está. Es difícil perder la fe cuando sabes exactamente dónde está.

Será difícil perder mi fe mientras sepa exactamente dónde está.

Está en mi cabeza. Y necesito perder de vista mi cuerpo para deshacerme de la fe, de la absurda esperanza de tener un mañana distinto.

Tengo una pequeña gotera en la casa. Justo encima de la bañera. Es una suerte, después de todo, que así sea; me evita tener que poner un cubo para recoger el agua. Pero el sonido del goteo es recalitrante, tac, tac, tac... Es como un reloj maldito que me recuerda que nada ni nadie puede escapar de las horas, que siguen pasando y los días se suceden, uno tras otro, inexorables, sin posibilidad de pararlos ni mucho menos darles marcha atrás.

A veces imagino que el agua toma el sentido contrario, desafía la gravedad y sube a lo largo de su curso por los arroyos de la ladera, o metiéndose por los veneros viaja bajo tierra hasta las altas cumbres, y allí se convierte en hielo. Me sorprende volver a ser, por un momento, aquel crío que soñaba con poder revertir el flujo temporal, volver a empezar de cero, o llegar de nuevo al punto de partida y quedarte allí, congelado, sin más, sin tener que afrontar los peligros que supone avanzar. Sin embargo, pronto llega el adulto para recordarme que es

inútil, y que desde el instante en que el azar nos toca con su vara envenenada, estamos a merced del tiempo, o lo que es lo mismo, a la intemperie.

Salimos del útero materno para entrar en un vientre de alquiler. Somos embriones ajenos, solos, perdidos en un espacio donde advierten: Responde si se te pregunta. Calla mientras te hablo. Habla cuando te toque. Encerrados junto a amigos invisibles que llamamos fantasmas, junto a fantasmas que llamamos enemigos..., y sin pronóstico del tiempo que vendrá. ¡Yo no pertenezco!, he gritado en medio del bosque. ¡Solo pasaba por aquí!, me desgañito, de rodillas, mirando al cielo entre los árboles. Lo único que consigo es asustar al búho, que sale aleteando entre las ramas. Como respuesta, un eco impreciso que me devuelve la montaña. Y cuando pasa la reverberación de mis alaridos, sigo oyendo el rumor del reguero, vuelve poco a poco el trino de algunos pájaros, y sé que el mochuelo me observa, no muy lejos, para regresar a su refugio cuando yo me haya ido.

Lo hice ayer, anteayer, el otro, y no hubo respuesta. Lo he hecho hoy, y sigue sin haberla. Qué largo y qué escabroso es el nacimiento de mi esqueleto.

Anoche me quedé dormido leyendo a Kafka. La visión de la cucaracha decapitada y muerta —que finalmente perdió la fe mucho antes de lo esperado— me llevó a coger ese libro: *La metamorfosis*.

Al igual que el protagonista, yo también soy un pelele. Y como él, también un día me transformé en monstruo. Me pregunto qué tipo de pecado habría cometido Gregor, porque uno no se vuelve un repugnante insecto porque sí. Algo tuvo que hacer antes de aquello. Algo horrible. Y tampoco lo confesó; ni siquiera en los últimos días en los que, herido y lleno de tristeza, se dejó morir.

El autor no nos lo dice, pero ese bicho no era inocente. Nos hace compadecernos de él —incluso cogerle simpatía— a fuerza de leer de qué manera pena por su indefensión, cómo y de qué forma queda sometido a la crueldad del rechazo; nos obliga a ver a los demás como los verdaderos monstruos, cuando en realidad solo son personas asustadas. Temen lo mismo que cualquiera: la miseria, el desprecio, la soledad.

Todos asumen a ese enorme chinche como pueden. Pero nadie pide por él, nadie reza por que sane. No hay fe. Y esa es la prueba del delito: la culpa; una culpa inexpiable, una por algo tan espantoso para que no haya perdón; no existe enmienda para él, no hay esperanza. Tan solo un atisbo de ello en su madre, porque la fe de una madre es... debería ser... ¿Sabría la madre lo que hizo su hijo para acabar así? ¿O tal vez se lo imaginaba porque lo conocía bien, como la mía a mí?

Fue ella quien me descubrió con forma de cucaracha. Me despertó temprano para preguntarme por mi hermano, que dónde estaba. Me zarandé para que espabilase y volvió a preguntar. Le dije que no lo sabía, pero se quedó unos segundos con sus pupilas clavadas en las mías, y entonces vio al monstruo.

El castigo debe ser impuesto por los demás. El dolor que te infliges a ti mismo no sirve; eso es solo remordimiento. Y la culpa no es bastante pena, aunque lo parezca.

La culpa no soporta los amores limpios de polvo y paja, pero prende fuego al pajar para encontrar la aguja y agujerea el cerebro hasta dar con la falla. Elige mis errores y los de otros, y los revuelve todos en mi nido. La culpa es el diablo por el que ganarse el cielo. Y quiere el pago a su contribución por adelantado. Tiene, en nuestro destino, el papel justo y necesario. La culpa es nuestro deber y salvación. Hay que darle gracias siempre y en todo lugar. En este bosque también.

No sé qué hago aquí. No sé para qué he venido a este lugar tan lejano. ¿Qué esperaba? ¿Que no estuviese aquí el fantasma de mis pecados? Qué iluso. A la culpa solo la mata la penitencia. Y la penitencia la impone la madre, porque la madre es Dios. Pero yo ni siquiera he confesado.

(De *La última cabaña*)

## Aula de Literatura «José Antonio Gabriel y Galán»

- 1, José Manuel Caballero Bonald – 2, Francisco Brines – 3, Luis Mateo Díez  
4, Gustavo Martín Garzo – 5, Clara Janés – 6, Antonio Colinas
- 7, José María Merino – 8, Félix Grande – 9, Antonio Martínez Sarrión  
10, Jon Juaristi – 11, Luis Landero – 12, Luis Alberto de Cuenca  
13, Dulce Chacón – 14, José Viñals – 15, Almudena Grandes  
16, Rosa Regás – 17, Manuel Talens – 18, Benjamín Prado
- 19, Luis García Montero – 20, Javier Cercas – 21, Miguel Sánchez-Ostiz  
22, Ana María Matute – 23, Santiago Castelo – 24, Carlos Marzal  
25, Vicente Gallego – 26, Espido Freire – 27, Bernardo Atxaga  
28, Antonio Gamoneda – 29, Pablo Guerrero – 30, Ana Rossetti
- 31, Juan Carlos Mestre – 32, Juan Manuel de Prada – 33, Eloy Sánchez Rosillo  
34, Isaac Rosa – 35, Lorenzo Silva – 36, Luis Antonio de Villena  
37, Vicente Molina Foix – 38, José Luís Peixoto – 39, Luis Eduardo Aute  
40, Basilio Sánchez – 41, Tomás Segovia – 42, José Luis Piquero  
43, Ada Salas – 44, Ignacio Martínez de Pisón – 45, Elena Medel  
46, Gonçalo M. Tavares – 47, Jesús Sánchez Adalid – 48, Belén Gopegui
- 49, César Antonio Molina – 50, Ricardo Menéndez Salmón – 51, Eugenio Fuentes  
52, Andrés Neuman – 53, Pureza Canelo – 54, Fernando Aramburu  
55, Yolanda Castaño – 56, Agustín Fernández Mallo – 57, Rafael Reig  
58, Joan Margarit – 59, José Luis García Martín – 60, Antonio Orejudo  
61, Javier Krahe – 62, Juan Bonilla – 63, Miguel d'Ors  
64, Javier Rodríguez Marcos – 65, Álvaro Valverde – 66, Afonso Cruz  
67, José Ovejero – 68, Laura Freixas – 69, Javier Pérez Walias  
70, Manuel Vilas – 71, Javier Reverte – 72, Marta Sanz
- 73, José Luis Alonso de Santos – 74, Sérgio Godinho – 75, Elvira Navarro  
76, Pilar Galán – 77, Olvido García Valdés – 78, Kirmen Uribe  
79, Luis Pastor – 80, Sara Mesa – 81, Ben Clark – 82, Sergio del Molino  
83, Paula Bonet – 84, Irene Sánchez Carrón – 85, José Manuel Díez  
86, Clara Obligado – 87, Lúdia Jorge – 88, Jordi Doce – 89, Mónica Lavín  
90, Marino González Montero – 91, María Ángeles Pérez López  
92, Tomás Sánchez Santiago – 93, Filipa Leal – 94, Pilar Adón  
95, Alonso Guerrero

Yolanda Regidor leyó en el Aula de Literatura «José Antonio Gabriel y Galán» de Plasencia el 28 y el 29 de noviembre de 2023.

El programa de Aulas de Literatura de la AEEX obtuvo en 2007 uno de los Premios de Fomento de la Lectura concedidos por al Consejería de Cultura y Turismo de la Junta de Extremadura

La Asociación Cultural Placentina "Pedro de Trejo" otorgó en 2015 el galardón "Torre de Ambroz" al Aula de Literatura "José Antonio Gabriel y Galán" por su dilatada tarea de divulgación de la Literatura entre los alumnos de los centros de secundaria de Plasencia

**Dirección:**

Juan Ramón Santos  
Nicanor Gil González

[aulaplasencia.wordpress.com](http://aulaplasencia.wordpress.com)

*El motivo de la contracubierta ("Ojo de lechuza"), elegido como símbolo del Aula, pertenece a la colección de diseños "Flora futurista" del pintor Oswaldo Bot (Piacenza, 1895-1958).*

**Imprime:**

Editorial MIC

**Depósito legal**

CC-239-2023

*Edición no venal*

